



EDICIÓN ESPAÑOLA

Méndez Alvaro, 2, 1.º

Apartado 547.

Horas: de dos á cuatro de la tarde

CARAS BONITAS

SUMARIO

VICENTE VEGA

Sección vermouth.

FÉLIX PAREDES

Infernal.

ANTONIO CINTOS SANTIAGO

A plazo fijo.

FANDOR

Venganza imposible.

D. GUANSÉ SALESAS

Orgía de placer y de dolor.

JOAQUÍN DICENTA

Mi Venus.

LUDI

Retazos.

VÍCTOR SARABIA

y EZEQUIEL ENDÉRIZ

Luna de miel (continuación).

ADOLFO LLUCH

Noche de Reyes.

M. S., GE-COR, C., CARLOS,

CHER, BÉTICO, TINO, MA-

TEOS, MORALES y M. GA-

RRIDO

Varios dibujos y retratos de «La

Bohemia» y del maestro Camilo

Pérez.



(Fot. «Goya y Nadie».)

5 céntimos

«LA BOHEMIA»
Biblioteca Regional de Madrid
Bella cupletista que ha realizado una brillante actuación en el teatro
Romea de esta Corte.



¡CÓMO PASA EL TIEMPO!

—¡Cómo corren los postes telegráficos!, yo, de niño, al viajar en tren decía, como decía luego, cuando joven:

—¡Cómo pasan los días!

Hoy veo que los días no se mueven ni los postes tampoco. Y adivina mi mente con dolor, con amargura, que era entonces el tren el que corría, y que, en lugar del tiempo, la que corre, rápida, es nuestra vida.

JOAQUÍN M.^a BARRINA.

En tal día como hoy, ó en tal noche como la pasada, con el valor de una gran filosofía, acude á nuestros labios cierta reflexión que, en otras fechas, no es mas de una de tantas frases con las cuales pretendemos en vano justificarlo todo: «¡Cómo pasa el tiempo!»

Parece que fué ayer cuando rendíamos homenaje de bienvenida al ya ca-

duco 1915, y he aquí á su predecesor, ¡1916! ¿Qué nos traerá este año? El pan que, cual todo recién nacido, traza bajo el brazo, ¿estará también falto de peso? Júpiter ha gobernado la hora de su nacimiento; y cuentan de este dios, pues un dios era, que no había en el Olimpo «gachó» más bruto en lo conceniente á... á..., bueno, á «esas» cosas que no puedo decir, y que ustedes, como dice el «couplet», pueden presumir. El fué quien ideó aquello del cisne para «entrar» á Leda; otra vez tomó la figura de un sátiro, y á poco da un disgusto serio á Antiope, y para conquistar á Dánae se transformó en lluvia de oro, y para reducir á Europa; se convirtió en toro! En la edad presente hemos invertido los términos, y suele suceder que, pasados algunos meses después de la reducción, el conquistador copia la cabeza del corúpeto en referencia. En lo que sí persistimos es en la lluvia de oro, aunque tampoco: ahora nos conformamos con plata menuda, ó, á todo tirar, con algún billete de los pequeños, porque el aurífero metal...

DEL SERVICIO



—Si no quieres molestar á la señorita, yo creo que tú me podrías servir.
—Como usted quiera; para eso estoy: para

*es cosa rara
que está muy cara
para comprarla...*

Dicen que los hombres, y es de suponer que los años también, nacidos bajo la influencia de Júpiter, son piadosos, misericordiosos, fieles amigos del Derecho y de la Justicia, modestos, alegres, francos y antos para todas las grandes cosas. ¿Eh? ¿No es todo un programita? Piedad, misericordia, fidelidad... Y en esto de fidelidad no hay que confundir; entiendo yo, y conmigo todas las personas sensatas, que la fidelidad á que se refiere es á la de sentimientos. «Verbigratia»: Pepita tiene diez y ocho años y se casa con don Pedro, que tiene cincuenta y 60.000 du-

RESIGNACIÓN



—He sacado de asistente un quinto. Procura no faltar en nada al quinto

—Ni al «quinto» ni al «sexto». ¡Me tienes muy mal acosumbrada!...

nidad con el lujo que la proporcionan los duros de su esposo, anhela satisfacer... á sus diez y ocho años; y Pepita tiene un amante. ¿Es Pepita infiel? A su marido, quizá; pero eso es lo de menos: Pepita hace triunfar la fidelidad de sus sentimientos por encima de las conveniencias sociales. Aunque el «to de los «merage à trois» es una cosa muy conveniente. Se fortalece la raza. Díganme qué sería del fruto de esos matrimonios desiguales en edad y casi siempre en dinero si no fuera por la intervención de un Hérculeo «sportman» ó de un forzado ayuda de cámara...

Un tantico largo ha resultado el paréntesis; pero volvamos al asunto. Tratándose de tan «esforzado» varón como Júpiter, no hay duda que sus beneficios nos beneficiarán casi exclusivamente á nosotros, los del sexo fuerte. ¡Y habrá que ver las grandes cosas que haremos. ¡Misericordiosos! ¡Regocijaos, nenas! Para todas habrá, y ya sabéis que somos amigos del derecho. Y también somos modestos, y alegres, y francos... Esto último es lo peor, que están bajardo. En fin, quizá alguno lo agradezca.

Conque, requete archisuperiorísimas lectoras y superolifisimpatiquísimos lectores: Feliz año nuevo... y *Júpiter* Regional de Madrid con todos.

INFERNAL

En el diván descansa su figura ondulante, son arcas Je tesoros sus ojos entornados, y respira su pecho con anhelos de amante al tocar con los brazos sus cabellos dorados.

Tendida, sonriendo, parece ser la ondina que sobre un mar de flores nadara sensual el índice en la boca posando, que adivina en el silencio frases que dice un inmortal.

En su rostro proyecta la luz roja y valiente del eléctrico foco, que semeja una fuente encantada que rie con su sangrienta linfa;

y el semblante armonioso de la mujer expresada y habla con un acento feroz de diablesca: «Sé el adorado sátiro, que yo seré tu ninfa.»

FÉLIX PAREDES.

LO QUE ELLAS QUIEREN



—Decididamente. Luis: sería mejor que, cuando vas conmigo, te pusieses algodón en la boca. De otro modo, no puede ser de otro modo ser

—El que no puede ser de otro modo ser

A PLAZO FIJO

—¡Juan!: mis guantes, mi sombrero; ¡pronto!

—¡Es preciso enganchar el carruaje?

—No; no es necesario.

—Está bien, señor.

Lord Müller conservaba entre sus

PARA DESPISTAR



(Enseñando á la cotorra).— ¡Sólo quiero á mi mand to! ¡Sólo quiero á mi maridito! ¡Sólo quiero á mi maridito!

crispadas manos la carta, fatídica esquelucha, que había recibido.

Entreabrió la mano, y, desarrugando el papel, tornó á leer:

«Faltan cinco dias para cumplir el plazo fijado, en que debe usted quitarse la vida, merced al compromiso contraído en el duelo á la americana, celebrado en Baltimore hace un mes, y que, en su lugar, me he comprometido por su contrario, lord Warden.

Tal vez podrá conservar su vida, y si esto le interesa acuda esta noche entre nueve y diez al reservado número 7 del Restaurant Dinnindal, situado en Koundry Street.—XXX.»

La misiva habíale recordado un deber contraído que estaba poco dispuesto á cumplir.

Desde la maldita noche del duelo no había vuelto á encontrarse á lord Warden. Solamente sabía que embarcaba para Australia, y en su corazón renació la esperanza de la posible muerte de su adversario en tan peligrosas excursiones, eludiendo así su compromiso.

Pero aquel papelucho perfumado, el cual, en caracteres poco menos que ilegibles, recordábale la sentencia que pesaba sobre su cabeza, habíale vuelto á la intranquilidad.

Otra idea. Acaso se trataría del mismo Warden, que habría regresado y querría jugarle una mala pasada. No; había que desechar este concepto. Si fuera él, no le hubiera dado esperanzas de conservar la vida...; pero tal vez podría ser un pretexto para que no dejase de asistir, ó quizá falto de recursos, desease verificar un «chantage».

Decidióse.

Colocóse los guantes y el sombrero, que su criado habíale llevado ya, y salió á la calle.

Anduvo poco tiempo. En la parada de coches de Oxford Street tomó uno, dando orden al cochera de conducirlo al Restaurant Dinnindal.

En el interior del vehículo asaltóle otra vez el temor de una emboscada de Warden. ¡Oh, no; no podía ser! Este, en caso de que le acechase, esperarí que finase el plazo, y... entonces, sí...; ¡ni recordarlo!; faltaban cinco días.

Una brusca sacudida sacóle de la abstracción en que se hallaba sumido. Había llegado.

Descendió del destartelado armatoste, y una vez indemnizado el auriga, penetró en la planta baja del «restaurant», donde estaba situado el «bar».

Un camarero guióle al reservado número 7, y poco después encontrábase frente á la puerta.

Empujóla suavemente, y penetró en la estancia. Ya le esperaban. Una figura rara, mezcla de marinero y pordiosero, se adelantó á él, con un traje de hule, luengas barbas y un sombrero que

LA HOJA DE PARRA

ocultábale la parte superior del rostro, presentósele ante la vista.

Levantóse el personaje desconocido.

—¿Es usted lord Müller?

—Ese soy.

—Muy bien; hablemos.

Lord Müller tomó asiento. Encima de la mesa había dos botellas de «champagne» sin descorchar y dos copas.

—¿Supongo que mi carta le habrá recordado?...

—Sí, sí...; que me faltan...

—Cinco días para quitarse la vida.

—Lo recordaba.

El desconocido espetóle como un cañonazo:

—Yo podría salvarle.

—¿Cómo?...

—Por dinero.

—¿Un «chantage»? ¡Me lo suponía!
¿Y cuánto?

—Un millón de libras.

—¿Un millón de!...

—Sí, eso es; un millón.

Interrumpióse el fingido marinero. Un ataque de tos había cortado la frase. Tosía, saliendo de su pecho un eco claro, femenino.

Müller dudó.

—¿Tú no eres marinero! ¡No eres hombre!

—Sí, sí lo soy...

—¿No, no lo eres! Mira...

Y, rápidamente, despojóse de las postizas melenas y barbas y del chambergo dilatado que cubría su cabeza.

—¿Marta!... ¿Tú!

—Yo, sí, Eduardo; soy yo.

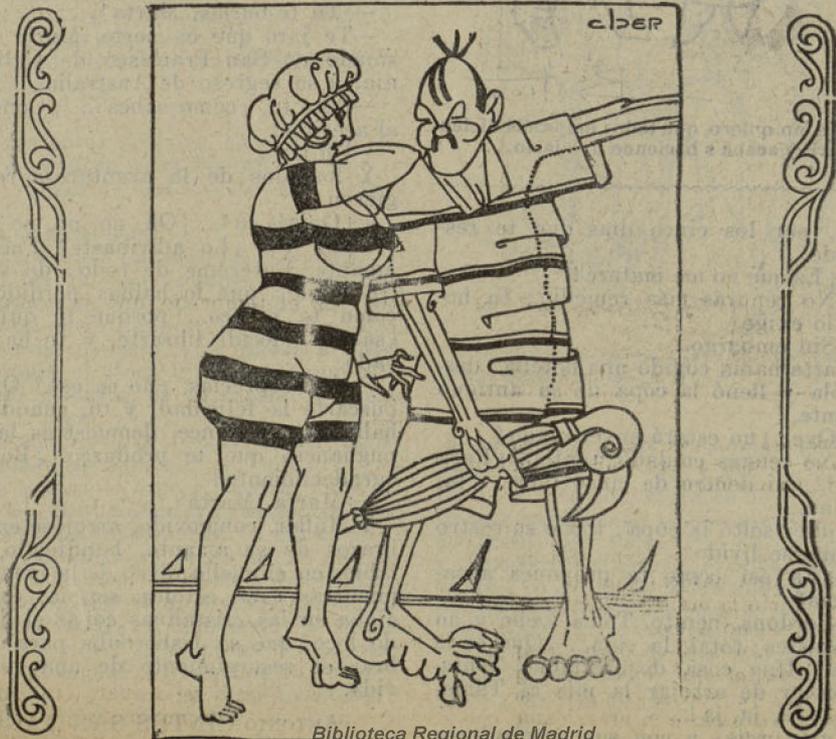
—¿Cómplice de Warden, quizás?

—Tal vez; pero ahora...

—¿Qué te propones?

—Olvidar tu desprecio cuando de mí te hastiaste y hacerte feliz por cinco

PIROPOS DE LA PLAYA



Biblioteca Regional de Madrid

LUGARES COMUNES



R. C.

—No, no quiero, que todo empezáis diciendo igual y acabáis haciéndolo mismo...

días, por los cinco días que te restan de...

—¡Es que no me mataré!

—No tendrás más remedio; tu honor lo exige.

—Sin embargo...

Marta había cogido una botella; destapóla y llenó la copa de su antiguo amante.

—Oye: ¿no estará envenenado?

—No tengas cuidado, tonto... ¿Para qué?... Si dentro de cinco días... ¡ja, ja, ja!...

Müller soltó la copa; tornó su rostro á ponerse lívido.

—¡Es así como te propones agradarme?

—Perdona, nenito. Toma, bebe y no te asustes; total, la vida... ¿Qué es la vida? Una cosa despreciable. Tentada estoy de arrojar la mía al Támesis... ¡Ja, ja, ja!...

Marta reía, y con sus encantos embelesaba al lord, que per-

manecía extasiado, contemplándola. Echóse en sus brazos, hollando con sus labios finos y rojos las mejillas del calenturiento Eduardo. Este apretábase contra le hembra, como queriendo olvidar en un abrazo su infortunio.

—Sí, sí, aprovéchate, que te quedan cinco días.

Desasióse Müller de los brazos de la que, cruel, zahería su alma. ¡Picaro recuerdo!

—Mira, Marta: olvídate de mí, pero no me hagas concebir dulces ilusiones para luego amargarlas con el acibar de tu sarcasmo.

—¡Olé, mi poeta! Mira, tontín, no te apures; de ese modo saborearás mejor la sorpresa que te preparo.

—¿Una sorpresa?

Marta le miraba sonriente, aprisionando la puntita de su pícaro lengua entre la dentadura marfileña.

—Pues verás, verás... Es el caso que Warden..., ¿sabes?... Warden., ¿le conoces?... ha muerto.

—¡Muerto!

—Asesinado, mejor dicho.

—¡Tú te burlas, Marta!

—Te juro que es cierto. Murió asesinado en San Francisco de California, á su regreso de Australia.

—Pero tú, ¿cómo sabes?... ¿Conoces al asesino?

—Un poco.

Y los ojos de la aventurera refulgieron.

—¿Quizás tú?... ¡Oh, no, no, no!

—¡Sí, yo! ¡Lo adivinaste! Fué mi amante. Enteróme de todo: de vuestro duelo; que lo habías perdido, y como te quiero... porque te quiero, ¿sabes?, decidí librarte, y te he salvado.

—Me desprecias, ¿no es eso? Quise buscarte la felicidad, y tú, cuando la hallas á tu alcance, demuestras la repugnancia que te produzco. ¡Bonito agradecimiento!

—¡Marta, Marta!

Y Müller, conmovido, arrojóse en los brazos de su amante, hundiendo sus labios en el cuello niveo de la hembra, mientras ésta, estoica, serena, escanciaba en las cristalinas copas el líquido loco, que se desbordaba para celebrar el resurgimiento de una nueva vida.

ANTONIO CINTOS SANTIAGO.

VENGANZA IMPOSIBLE

por G. Do'ley

I

(La escena, en París, en tiempo de la guerra. Un saloncillo elegante.)

La señora.—¿De modo que confiesas que me has engañado?

El señor.—Sí.

La señora.—¿Y no te arrepientes?

El señor.—No.

La señora.—¿Y serás capaz de reindicir?

El señor.—Sí.

La señora.—Bravisimo. ¿Y tú, á los cincuenta años y pico, marido de una mujer de treinta, guapa y elegante, tienes la pachorra de creer que ésta no te la pegará, devolviéndote la pelota por venganza?

El señor.—No te sulfures, porque es inútil. Tú no me la pegará.

La señora.—¿Dices que no? Dentro de una hora serás complacido.

El señor.—¡Ca!...

La señora (poniéndose el sombrero).—Hasta después.

El señor (fumando tranquilamente).—No te canses.

II

(Tres horas después, en el mismo salón. La señora entra furiosa.)

El Señor.—¡Qué! ¿Me has engañado?

La señora.—No.

El señor.—¿Lo ves? Ya te lo dije.

La señora.—No es culpa mía. Apenas he salido de aquí, he pensado en Gastón, un chico guapo y buen mozo, que cierto día me dijo: «La quiero á usted con toda el alma. El día que no esté usted contenta de su marido, pásese por mi casa...»

El señor.—¡Ah! ¡Muy bien! ¡Mira el mosquito muerta!... ¿Y qué?

La señora.—Llego á su casa, y me dicen: «No está.» «¿Tardará en volver?»—pregunto.—«No lo sabemos»—me responden.—«¿Hacé mucho que salió?»—insisto.—«De trece á catorce meses; de seguro que estará pensando en usted en las trincheras...» He salido de allí furiosa. Después me he acordado de Edmundo, un muchacho rubio y simpático, que me ha seguido siempre por los balnearios.

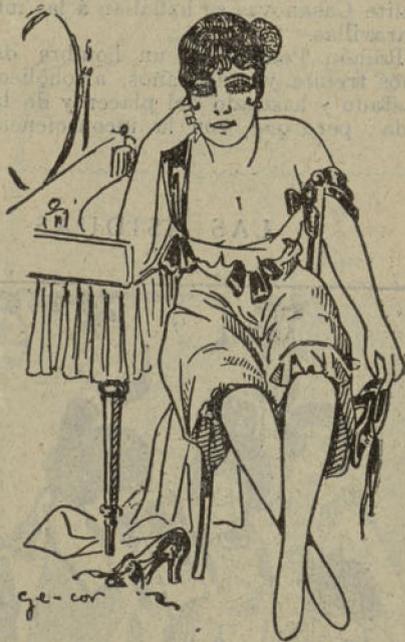
El señor.—¡Ah! ¡Bien!... Biblioteca Regional de Madrid

La señora.—Llego á su casa, y me lo encuentro envuelto en una bata «blanco cielo». «Dichosos los ojos—me dice—, ¿Qué desea de mí?» «¿Qué deseo?»—le respondo.—«Que voy á ser suya. ¿No me ha dicho que me quería? Pues bien: ya soy suya, toda suya; y voy á ser suya ahora mismo.»

El señor.—¿Y él, qué?

La señora.—El me responde, tomán-

DE LA VIDA



—¡Qué crisis! No he conseguido un centavo lo que llevo del mes.

dome de la mano y conduciéndome hasta la puerta: «Lo siento, señora; pero los médicos militares me han dado por cardíaco en último grado, y tengo prohibidos toda clase de ejercicios y emociones fuertes.» (Pausa. Suspirando.) ¡A pesar de todos mis intentos, me ha sido imposible engañarte!

El señor.—¿Lo ves, mujer?... Podías haber pensado que los hombres, en tiempo de guerra, ó son inútiles ó están en las trincheras...

Orgías de placer y de dolor

EN el ambiente caliginoso y maloliente de una taberna, entre prostitutas de rostros que el colorete hacía grotescos y la miseria horribles, y hampones de rostros patibularios y ademanes trágicos, me encontraba inquieto, con una vaga sensación de malestar, que siempre me han producido estos lugares. En cambio, mis dos amigos Ramón Peñas y Julito Casanovas se hallaban á las mil maravillas.

Ramón Peñas era un hombre de unos treinta y cinco años, alcohólico, gastado y hastiado del placer y de la vida; pero que, con la inconsciencia

de un lunático, arrastraba la podre de sus vicios á las altas horas de las noches por todos los absurdos prostibulos y lupanares infamantes.

Julito Casanovas era un pálido y demacrado adolescente que había hecho del vicio una religión, una religión de ritos monstruosos y avergonzantes. Gustaba de acompañar el placer con refinamientos de dolor y crueldad, para que con el horrible contraste, la sensación se agudizara y fuera más hiperestésica y violenta. Yo sabía de él bacanales magnificentes y macabras. Sabía, entre otras cosas, que una vez ahogó á una impúber, y luego, loco de amor, adoró su cadáver. Otra vez organizó una mascarada lúgubre: una noche de Carnaval, después de haber sobornado al

sepulturero, penetraron él y su comparsa, compuesta de prostitutas y anormales, disfrazados de esqueletos, en el cementerio de una vieja ciudad; y entre la espectral inmovilidad de los mármoles blancos y piadosas cruces y la inquietud de los sombríos cipreses, resonaron las carcajadas de la más bestialmente humana de todas las orgías. Dicen que Julito hasta se abrazó á las estatuas vacantes como si quisiera comunicar sus ardores á la frialdad de aquellos mármoles... Y dicen también que llegó á tal punto la lujuriosa morbosidad de su cerebro, que desenterró y abrazó á una pálida virgen enterrada aquel día, empeñándose en que junto al misterio de la Muerte floreciera el milagro de la Vida...

Claro que de estas salvajes fiestas de crueldad no se enteraba nadie, porque Julito era inmensamente rico.

Yo creo sinceramente que entre los ascendientes de aquel pobre desequilibrado debe encontrarse alguna hiena, este animal pálido y sanguinario que devora—con voluptuosidad seguramente—las entrañas de los muertos.

LAS ASIDUAS



—¿A que no sabéis qué sorpresa nos guarda este año el baile de LA HOJA DE PARRA? Biblioteca Regional de Madrid

—A vosotros, no sé. A mí, que me «cog-ri» mi ma-

acariciaba, como el más bello de sus ensueños monstruosos, la idea de una orgía mágica y sensual en un aquelarre maldito, entre hediondas brujas y presidida por el Gran Cabrón.

De pronto, Julito, mientras yo le estaba contemplando con la inquietante curiosidad que me inspiraba, y él estaba abismado seguramente en sus pensamientos voluptuosos y crueles, se estremeció, y apretándose el brazo con fuerza, con esa fuerza nerviosa y fugaz de los débiles, murmuró:

—¡Mira aquella!...— Y al mismo tiempo me señaló una prostituta que en un velador cercano al nuestro acababa de apurar una copa de aguardiente.

Tenía ella la faz macerada y lívida de una Dolorosa; pero en vez de la expresión mística y triste de la Virgen, tenía no sé qué repugnante expresión. Sin embargo, adivinábase que, á no estar comida por la carroña del vicio, hubiera sido guapa. Llevaba un traje de vivos y violentos colores y anudado al cuello, un pañuelo rojo como una argolla de sangre. Miraba á Julito intensamente, con la mirada hipnotizante y cruel de sus sombrías pupilas de crimen y de espanto.

Este, temblándole la voz de miedo y de deseos, añadió:

—¡La ves?... Tiene el rostro, el mismo rostro que una extraña y maravillosa mujer que se me aparece en mis pesadillas truculentas... y, entonces, sueño que sus besos me envenenan y sus abrazos me ahogan, y que muero entre espasmos de placer, que es al fin la muerte que yo anhelo... Luego, cuando despierto, estoy extenuado.

Después de una breve pausa, en que ella le miraba tan fijamente que parecía sugestionarle, prosiguió con la voz más temblorosa que antes todavía:

—No sabes cuánto deseo pecar con esta mujer; la deseo como a ninguna he deseado; siento que se estremecen mis nervios, y en mi sangre arde una voluptuosidad infinita.

Como si estas palabras fueran un conjuro, ella se levantó y vino hacia nosotros.

—¡Me convidáis?—preguntó con habitual descaro y la voz ronca de alcohol, mirando siempre á Julio.

¿Conocía ella acaso el hipnótico poder de sus pupilas?

aguardiente. En tanto, Julito se puso á charlar con ella en voz muy baja; no pude entender lo que decía; pero adivinaba su tremante emoción, que á veces no le dejaba hablar. De pronto se levantó, exclamando:

—¡Vámonos!

Peñas, que estaba apurando copa tras copa, con la mudez impassible de un cartujo y la solemnidad casi hiera-

CONVENCIMIENTO



—Benita: es la cuarta vez que te sorprende con el joven ese que acaba de irse. Si te vuelvo á encontrar con él, acabaré por creer que no me quieres...

tica de un sacerdote en un rito trágico, nos miró con ojos estúpidos, preguntándonos:

—¡Adónde!

—Pues ya lo ves: á casa de ésta.

—¿Pero estás sola?—interrogó Peñas de nuevo.

—Si queréis llamaré á mi hermana.

Y Laura—según entendi, la prostituta tenía este bello nombre, que sentaba tan mal á sus maneras—llamó:

—¡Raquel, Raquel!

Vino ésta débilmente, y riéndonos

dispuestos á salir, se prendió del brazo de Ramón. Yo, en tanto, la observé; tenía el mismo rostro ajado de su hermana, pero no tan brillante la sombria luz de sus pupilas.

Cruzamos la siniestra calleja, donde nuestras pisadas despertaron ecos pa-

ESPERANDO EL CASTIGO



—Habrá que oir hoy al padre de Serafn. Porque, cuando yo llegue á mi casa, la voy á llevar floja ; pero lo que es  ...

vorosos, y ante el portal de su casa (una casucha vieja y escalofriante, donde parecia dormir el misterio de algún crimen) me entraron vehementes deseos de marcharme; pero una extraña curiosidad que me sugestionaba me lo impidió.

Apenas llegamos á su piso (despu  de subir una tortuosa escalera, por donde,   la luz macilante y lívida de las cerillas, los fantasmas de nuestras sombras bailaron una danza macabra y burlesca), Julito, que tenia impa-

ciencias de animal en celo, rugi  más bién que dijo   Laura:

—¡Vamos ya, vamos!

Y ella veia aquellos deseos violentos, que seguramente no habia visto en ningún hombre, con una risa convulsa de bacante ebria. Y los dos se entraron en una estancia contigua por una puerta estrecha y negra como la boca tenebrosa de un nicho.

A su vez, Ramón, desprendiéndose del brazo de su compañera, me invit  con su eterno gesto de aristocrático aburrimiento:

—¡Si quieres ir con esa?... Ya sabes que   mi me da lo mismo...

Yo hice un gesto negativo, casi mejor de repugnancia   de pavora; sentia rondarme una extraña inquietud. ¡Ser , acaso, que así como ciertos animales presienten las tormentas, nuestros nervios, como misteriosos hilos telegráficos, presienten las catástrofes humanas?

Ramón se sentó cerca de la mesa, y su estúpida mirada vag  por la estancia como siguiendo una alucinación. Raquel se sentó entre nosotros con resignación de bestia mansa y cansada. Y así pasó el tiempo con una lentitud desesperante...

Afuera aull  medrosamente un can, uno de esos canes am licos y trashumantes de los que un poeta visionario ha dicho que rondan siempre en torno de la Dama P lida...

Un momento después salia Laura de aquel cuartucho, horriblemente demacrada y desgrefiada, relampagueantes las pupilas, y gritando con la voz trágica y ronca:

—¡Ha muerto!... ¡Se ha muerto!...

Nos precipitamos en la estancia: Julito estaba tendido en el lecho, boca arriba, con el semblante lívido, las manos crispadas y la mirada, ya sin luz, vagando en el espacio... Sus labios estaban contraidos; no pude descifrar si por un rictus doloroso ó por una sonrisa de gozo; tan enigmática era su expresión!...

D. GUANSE SALESAS.

Para toda clase de anuncios en esta Revista, dirigirse   D. Francisco Pastor, Juanelo, 1, segundo.

Mi Venus⁽¹⁾

Los tres ó cuatro primeros meses siguientes á su matrimonio fueron para Aurea y Miguel de completa felicidad.

Como dos pájaros que, picoteando y cantando su amor, vuelan de árbol en árbol, aguardando la hora de asentar en su nido, recorrieron ellos Italia, Grecia, las riberas poéticas del Rhin, los valles y montañas de Suiza, no sin hacer alto bajo las nieblas densas de Londres y bajo el cielo pálido de París. También recorrieron las ciudades artísticas y los más bellos paisajes de España.

Fué un viaje delicioso, en el cual las vanidades de los novios se satisficieron cumplidamente.

Aurea era objeto de admiración en todas partes por su hermosura y su elegancia; por la fama de su nombre, Miguel, á quien, apenas llegado á esta ó aquella población, acudían á visitar periodistas, pintores, personajes importantes de la Banca y de la Política.

Las invitaciones llovían sobre la pareja feliz, y aunque Miguel, cansado de atenciones tan repetidas, propuso varias veces á Aurea dejarse por un mes del mundano bullicio, saborear su amor sin estorbos en la campiña ó en el rincón de una costa cualquiera, la joven, con un pretexto ú otro, rehusaba aquel aislamiento, afanosos de lucir su belleza y de pasearse por las grandes poblaciones del mundo junto al buen mozo que sus encantos y la bendición de un cardenal le dieron por marido.

Miguel hallaba lógicos los afanes exhibitorios de la encantadora marquesita. Joven, hermosa, salida por vez primera del lado de sus padres y disponiendo de sobrados recursos para correr el mundo en viaje fastuoso y placentero, ¿cómo exigirle que renunciara el disfrute de tan alegres novedades? ¿Cómo pretender que no sintiera tantos deseos de ellas como del amor del artista? Al fin y á la postre, para todo tenían tiempo.

Bien lo aprovecharon. Cuando, próxima la estación invernal, dispusieron su retorno á Madrid, sentían la nece-

sidad de plegar las alas, de buscar acodo en su nido, un precioso hotel que, antes del viaje, arrendaron y dispusieron, con toda suerte de comodidades, en uno de los barrios más aristocráticos de Madrid.

La renta asignada á su hija por los marqueses del Pinar y las ganancias del escultor permitían al matrimonio llevar la existencia con lujo.

El hotel, de dos pisos, estaba deco-

EN LA EXPOSICIÓN



—Casar á mi hija con un hombre de su edad es exponerla á serios inconvenientes.

—¡Cál! El expuesto sería yo...

rado con arreglo á las más estrechas exigencias de la moda.

El servicio de caballos, coches y automóvil nada dejaba apetecer. La servidumbre era de lo mejor, y el modisto de Aurea, el más famoso de la corte.

Miguel había establecido su estudio en un pabellón apartado del edificio principal. Un amplio salón para recibir á las visitas, un taller donde la luz podía manejarse conforme á las exigencias de las obras en ejecución, y las dependencias necesarias á labores de vaciado y faenas ornamentales, com-

(1) De la novela que acaba de publicarse en la Biblioteca Regional de Madrid, del gran dramaturgo Joaquín Dicenta.

DE NUESTRO BAILE



CAMILO PEREZ

El reputado músico é insustituible director de orquesta de los bailes de La Zarzuela, que la noche del baile de LA HOJA DE PARRA estrenará una hermosa batuta. ¡Ojalá no sea esa la única hermosa que el maestro estrené!

ponían el pabellón, rodeado de árboles, semioculto en un extremo del jardín.

—Ya llegamos á nuestro nido—dijo Miguel á Aurea el primer día de su estancia en Madrid—. Ahora, yo á hacerle dichosa, como antes, como siempre, pero también á trabajar, á reverdecer mis laureles y á llenar de billetes meses de excursión han dejado punto meses de excursión han dejado poco menos que exhausta.

—Por dinero no hay que apurarse.

—Ya sé que tienes tu renta, y que, en caso de apremio, tus padres nos ayudarían. Sólo que, permíteme esta vanidad, yo quisiera que todo tu bienestar y todo nuestro lujo saliese de este cerebro y de estas manos mías. A lo menos, lo intentaré. Claro que si mi trabajo no basta (espero que sí) á satisfacer todas tus ambiciones y todos tus caprichos, acudiremos al fondo de reserva.

—Perfectamente; no quiero contrariarte. ¡A trabajar, Miguel! Pero no hoy. Hoy dedicaremos el día íntegramente á nuestros padres. Justo es que se lo

dediquemos después de tan larga separación.

... Y fué una mañana, la primera en que Aurea visitó el estudio para ver trabajar á Miguel, cuando éste abrió también por vez primera ante ella su alma de artista, con franca y romántica plenitud.

Estaba modelando una estatua de colosal tamaño, que debía poner remate al monumento que, para conmemorar su independencia, le encargara una gran República americana.

Representaba aquella estatua, que mediría siete metros, «La Libertad», y era una fortísima matrona irguiéndose sobre un pedestal de cortantes y agudas rocas y hollando con un pie los hierros de la esclavitud.

Echada hacia atrás la cabeza, con la cabellera ondeando al viento, como una bandera de combate, enérgico y triunfador el gesto de la boca, valiente el mirar de los ojos, la matrona tendía sus dos brazos hacia adelante, cerran-

DE SOCIEDAD



El. — Nuestra amiguita me encan'a: es una muchacha que tiene el corazón en la mano. Ella. — Sí; en la mano... de todo el mundo.

do los puños, rompiendo con ellos la atmósfera para abrir á su camino ilimitados horizontes.

Eran los senos ubérrimos, potentes, propios á la nutrición de generaciones incontables; las caderas, amplias, tendidas; las piernas, fuertes, hábiles á resistir la pesadumbre de los siglos.

—Así he querido, Aurea, representar la libertad y la independencia de los pueblos. Así creo que han de representarse, por una mujer fecunda y fuerte, capaz de arrostrar y vencer todas las opresiones, de combatir contra ellas y de parir generaciones fuertes, incontables, inagotables, como son necesarias á tan larga y gigantesca lucha. Mirala afrontando el presente, desafiando el porvenir, abriendo con sus puños el horizonte, brindando sus pechos al materno deber y su vientre á la fecundación. ¡Ah, cuando ella, alzándose sobre el monumento que debe coronar, triunfe bajo el cielo de América, seguro estoy de que no será un aplauso estruendoso lo que salude su presencia: será un himno entonado por hombres libres, una exclamación fervorosa y solemne! En las estrofas de ese himno resonará mi nombre, que es tuyo. Yo vendré á ofrendarte mi gloria, á depositar á tus pies la corona con que ciñan mi frente de artista, y tú la recogerás con esas manos, que sólo faldas pudiera reproducir sin profanarlas.

—Sí que hará muy bien ese monumento en una plaza pública. Un poco exagerada de líneas me parece la Libertad.

—Considera que ha de verse á una gran altura.

—Conformes. He dicho por decir; bien sabes que no entiendo estas cosas. Y dime—siguió—: ¿cuánto te valdrá la obra? Un dínal, seguramente. Los americanos son espléndidos.

Miguel no respondió. Sus párpados temblaron, y un gesto de cruel sorpresa contrajo su boca.

—Es tan niña!—pensó, queriendo disculpar á Aurea.

Y desechando las tristes ideas que la respuesta de la joven habían traído á su cerebro, se inclinó para acartiarla.

—No!—dijo ella—. No me toques ahora Miguel. Tienes las manos y la cara llenas de barro. Lávate antes un poco.

ATANDO CABOS



—Eso no puede habértelo dicho nadie mas que mi mujer.

—Te equivocas: he oído que una máscara lo decía á su acompañante.

—Entonces...

RETAZOS

Una bonita doncella
con su dueño se casó,
y hoy la chica, sin ser monja,
es «esposa del señor».

Le gusta el beso en la boca
tanto á la bella Sofía,
que cuando alguno la besa
no dice «esta boca es mía».

En el Invierno hace frío;
en el Verano, calor,
y en el Otoño... hace un año
que tu padre me atizó.

Juan Gil, «alférez primero»,
sucumbió en la Morería
durante un «ataque» fiero;
¡aquello fué un verdadero
«ataque de alféreca»!

Con ricos trajes de malla
trabaja la artista Elena.
¡La que se va á «armar» el día
que se «desmalle» en escena!

LUNA DE MIEL

(Entremés, por Víctor Sarabia
y Ezequiel Endériz)

(CONCLUSIÓN)

J.—¡Purita!... ¡Somos felices!... ¡Ya vivimos solos en el Mundo!... ¡Tu madre nos deja!...

P.—¿Te has vuelto loco?

J.—De alegría...

P.—¿Pero es verdad?...

J.—Que sí... Asómate á esa puerta...

¿Ves?...

P.—¿Qué hace?

J.—Las maletas...

P.—¿Qué le has hecho?

J.—El amor...

P.—¿Eh?...

J.—El amor, sí...

P.—¿Á mi madre?...

J.—¡Á tu madre!... He cerrado los



—Vamos, tómelo. ¡Le cuesta á usted más hacer un e fu-reitol...!

—Hija mfa, día de mucho...!

DE PUERTA CERRADA...

TIND.



—¡Quia! Yo no vuelvo. ¡Menudo susto me llevé anoche!

—Pero si el que hizo ruido fue el grito mi marido, cuando encu-ntra cerrada la puerta

ojos, y me he lanzado como el que se tira desde un quinto piso...

P.—¡Qué barbaridad!...

J.—Eso me pareció á mí... Calla, que viene...

(Entra Robustiana cargada con una maleta y una sombrerera, en traje de viaje. Purita finge llorar. Julio, con la cabeza en el pecho, triste y dolorido:)

P.—Mamá... ¿qué es esto?...

R. (mirando á Julio).—Esto es... Es que me voy... Me voy á pasar una temporada á Salamanca...

J.—Pero... ¿pero volverá usted pronto...?

R.—Dentro de diez ó doce años...

P.—¡Mamá!...

R.—Necesitas vivir con tu esposo... Ganar su corazón...

P.—¿Qué dices?

R.—Cuidarlo mucho... No te separes de su lado... Si te finge un viaje, no le dejes marchar... Sé cariñosa con él...

J.—Mamá...

acuerdes de mí... Olvida ese amor criminal... ¡Quiere á mi hija, que es tu mujer!... (A su hija:) No llores... Necesito descansar en el campo... Sed felices... Cuida á tu mar do... No le dejes solo... Mandarme el baúl, que ahora no puedo llevar... (Aparte, á Purita:) Hija mia, mímalo mu-

al verla marchar, se repone, y en transición cómica, dice:—¡Suegra!...

(Hay una pausa. Julio pasea. Después entra Pura muy contenta.)

P.—¡Julio! ¡Julio!... Se va...

J. (carinoso).—¡Purita!... (Natural:) ¿Cerraste bien la puerta?

P.—Con cerrojos...

J.—Si vuelve, no se le abre... Quiero estar solito contigo, con mi mujercita... ¡Solos!... ¡Solos!... ¡Ahora empieza nuestra luna de miel!...

LOS ESPOSOS COINCIDEN



(CUADRO Y TELÓN)

Noche de Reyes

(Fara D. M)

No turbéis su reposo... Está dormida y abstraída en un sueño placentero; ella es la mujer á quien más quiero, la esperanza más bella de mi vida.

¡Vedla cuán bella es! De su embeleso no quiero que vengáis á despertarla, porque yo, que nací para adorarla, por no trunca.le el sueño, no la beso.

Dejad que en su descanso vespertino evoque en apacible desvarío la fe de un corazón que ha de ser mío, uniendo su destino á mi destino.

Quando el alba ilumine su balcón en él encontrará recuerdo grato. Donde ella puso anoche su zapato los Magos han dejado un corazón...

ADOLFO LLUCH.

—¿Que est's citido con un amigo?... ¡Qué coincidencial!...

cho, sedúcelo, subyúgalo... Y, sobre todo, no le dejes solo... Me voy... Es la hora del tren...

J.—Iré con usted...

R.—¡No!... Quiero ir sola... Tú, con tu esposa... Esta es tu mujer ante Dios... y ante los hombres... Cumple con tu deber, como yo cumplo con el mío...

P.—¡Mamá!...

R.—Di á la muchacha que me lleve la maleta...

(Pura desaparece.)

J.—No la olvidaré nunca... ¡Nunca!

R. (desde la puerta, pero con gesto olímpico).—¡Protervo!

(Mutis.)

(retrocede con espanto cómico y

FOTO grafías artísticas del natural. Catálogo detallado, 30 céntimos sellos de correo; con varias muestras surtidas, 4 pesetas, giro postal.

L. Leonard, sucesor

Calle Padua, Barcelona.

Agentes exclusivos en Suramérica,
MASIP Y COMPAÑIA
RIBADAVIA, 698.—BUENOS AIRES

Viuda de José Lerin

encargada de la venta de LA HOJA DE PARRA en Madrid (Abada, 22, tienda).

PASTORA IMPERIO ■ ■ ■ LIBRO DE INTIMIDADES

UN TOMO EN 8.º DE 130 PÁGINAS, 2'50 PESETAS

CONTIENE ESTE LIBRO: «El relicario de sus confidencias». — «Cómo empezó á bailar Pastora». — «La gloria del *début*». — «Los dos duros más bendecidos». — «Por qué pasó á llamarse Pastora Imperio». — «Un célebre baile de máscara». — «Los comienzos de la *Fornarina*». — «Los amores de la Imperio y el Gallo». — «La Imperio sueña con ingresar en un convento». — «La Imperio, en su hogar». — «Su devoción por la Virgen de la Esperanza». — «Caridad hermosa», etc., etc. — Una magnífica portada y profusión de fotografías. — Se envía á provincias, certificado, por 3 pesetas en sellos de Correos, ó Giro Postal. — Los pedidos, con su importe, únicamente á **Antonio Ros**, librero, **Jacometrezo, 80, 4.º derecha, Madrid**.

Exportación por mayor de revistas, periódicos y libros á España y Extranjero. — ON PARLE FRANÇAIS.

ANTES, EN EL LECHO CONYUGAL, Y DESPUES

Condiciones que han de reunir el hombre y la mujer para considerarse aptos para la relación sexual (órganos genitales, estructura, dimensiones, defectos que imposibilitan, etc.) Consejos que deben tenerse en cuenta en la relación sexual para que ésta se verifique en forma fisiológica (placer, duración, posiciones masculina y femenina, etcétera); precauciones que deben adoptarse para que los abusos no debiliten, perturben ó aniquilen el poder genital, conservándose siempre la virilidad y potencia de la juventud más robusta. Es, pues, este libro una verdadera guía para el hombre y la mujer que quieran conocer los secretos más íntimos de la relación sexual, considerando su placer y detallando las aberraciones del instinto genital, hijas de la lascivia y el libertinaje. **3 pesetas**. Buenas librerías de España. En Madrid, Fe, San Martín, Puerta del Sol, 15 y 6; Ros, Jacometrezo, 80. Se remite por correo, certificado, enviando 3 pesetas por Giro Postal á *Archivo*, Apartado 432, Madrid.

CUATRO LIBROS INTERESANTES

Fruta prohibida. • Los quince goces del matrimonio.

Misterios y secretos del lecho conyugal (dos tomos con grabados).

Se envían á provincias, certificados, los cuatro tomos por cinco pesetas en giro postal, mutuo ó sellos de Correos. Al Extranjero y América se mandan por cinco francos ó un dollar. Los pedidos con su importe, dirijanse únicamente á **Antonio Ros**, librero, **Jacometrezo, 80, 4.º derecha, Madrid** (casa fundada en 1896). — *Biblioteca privada*. — Catálogo gratis remitiendo sellos por valor de 0,50 ptas. — *Exportación, por mayor, de revistas ilustradas y periódicos* á los señores librerías y correspondientes de España y América.

LA INGLESA

PRIMERA CASA EN GOMAS
HIGIÉNICAS

MONTERA, 35 (pasaje)
y VICTORIA, 3, Ortopedia.

(Catálogo gratis enviando sello.)

ESTABLECIMIENTO TIPOGRÁFICO DE 'EL LIBERAL',

Impresiones de todas clases. — Cartelería. — Comedias. — Revistas ilustradas. — Cartas. — Folletos. —
" Memorias, etc., etc. "

Marqués de Cubas, 7.-Madrid